

gazándose a tales extremos que llegará a desaparecer. Hoy día, a lo que se llama literario plásticamente es a lo metafórico. Hemos contemplado demasiadas metáforas postimpresionistas, expresionistas, cubistas y surrealistas, y necesitamos del encanto, que es plástica y fundamental virtud. El encanto hay que ir a buscarlo muchas veces a los cuadros literarios, centrados naturalmente en torno a un asunto. Y por eso, cuando nos encontramos con la obra de Lucas, que es íntima, recatada, en ninguna ocasión grandilocuente, y observamos el encanto que se deriva de su manera de sentir asuntos y climas, no desorbitamos su talla proclamándola sorprendente, pero sí encontramos a su sombra y en ella esa manera de pintar apasionada, romántica, de una vehemencia nada hiriente, en la cual se entretienen valores, que los aficionados habíamos llegado un poco a perder.

Lo popular, por ejemplo, cuenta con Lucas como cantor importante. A lo popular en el arte moderno se le ha sacado demasiado partido expresivo, pero no se le ha remansado como Eugenio Lucas hizo, hasta densificar su verdad. Los modernistas, frente a la obra de Lucas, pudieron hablar y hablaron de pintoresquismo en muchas ocasiones. Nosotros, asimiladas experiencias artísticas de excepcional importancia en estos últimos cincuenta años, comprendemos perfectamente el concepto con que Lucas utilizó lo popular en su obra, y al considerar, por ejemplo, la dimensión que supo conferir a fondos y paisajes de la misma, no se nos ocurre considerar superficialmente lo que tiene en su obra indiscutible dimensión. El «argumento» no es en Lucas trivial peripecia. Las formas y el color en este artista cantan con la voz debida y hasta donde su personalidad puede, sobre la pauta —y esto es muy permisible— de escenas o motivos que no colman el cuadro de episódica superficialidad. Precisamente en estos motivos y en estas escenas que tanto sirvieron a Lucas para entregar a la posteridad eso que en él era, antes que nada, una especie de generosidad pictórica,

encuentra este artista el pretexto para captar encanto, gracejo y gran cantidad de ritmos peculiares. En virtud de los cuales su obra no es un quehacer plásticamente aséptico, sino multiplicado por la literaria grandeza que condicionó su manera de hacer.

Dentro de nuestro siglo XIX la pintura supo siempre ser pequeña aparentemente, para ganar en hondura. Cuando se repasa la obra de nuestros románticos y postrománticos, no se encuentra, es verdad, la aparenzialidad desagradable del naturalismo o la precisión gráfica del arte moderno en general. Sin embargo, dijérase que los cuadros, a manera de lágrimas, tuvieron siempre calor y misterio. Y que hombres como Eugenio Lucas, para los que misterio y calor no eran suficientes, supieron henchir este clima particularísimo de un atractivo encantador y de una profundidad plástica de indudable interés: Lucas arrebató la misteriosidad de su obra con una fuerza, con un vigor suficientes. El calor de la misma es en Lucas ritmo expresivo de cautivante valor. A veces, lo que más sorprende en Lucas es su encantadora unas veces y atormentada problemática otras, planteada en tan concretos límites. Y esa pasión gravemente contrastada que Lucas derrocha en motivos o en menesteres que aparentemente no parecen cauce propicio de pasión tan singular.

La «Romería de Torrijos», «El paisaje del puente», «Las aves muertas», «Retrato de Carlos III» y «La muñoza» podían ser unos cuantos cuadros significativos de este artista. Teniendo en cuenta, sin embargo, que nuestros pintores del siglo XIX no tienen siempre eso que se ha llamado la «obra maestra», sino una manera de pintar noble, apasionada y de una profundidad y recursos como no siempre ha habido en la historia del arte, preferimos no concretar en este caso y destacar su tarea aparentemente más intrascendente, porque en su tejido bocetístico y en su vigor formal considerables hay mucho, desde nuestro punto de vista, que en la empresa que llamaríamos demasiado formal. Eugenio Lu-